

Cantos del desierto:

entre el amor y la resistencia sonora wayuu

Por: Edwin José Causado Povea[14]

> Detrás de cada canción hay una historia real, Que cuando canto sobre jefes armados, sobre desplazamientos o sobre luchas campesinas, no lo hago por morbo ni por fama: lo hago porque es una forma de mantener viva una verdad que el silencio mata.

La música es una de las expresiones artísticas más representativas que identifican la diversidad étnica y cultural de Colombia. Dentro de esta variedad se incluye el pueblo indígena wayuu que habita la península de La Guajira en la zona nororiental del país, aunque por sus condiciones sociopolíticas y territoriales esta comunidad suele movilizarse constantemente entre ambos lados de la frontera con Venezuela.

Los wayuu, o «gente del sol», como también se les conoce, son la etnia más numerosa de Colombia, a pesar de los desafíos que han tenido que enfrentar en un territorio desértico, olvidado y con políticas públicas fallidas que no han disminuido las problemáticas de desnutrición, pobreza y sed. Ante estas difíciles circunstancias, ellos mismos han implementado sus propias herramientas de resistencia y adaptación para su supervivencia material e inmaterial.

La música en la cultura wayuu puede ser entendida como una de esas herramientas de resistencia con las que estos indígenas luchan todos los días para evitar la desaparición de su memoria oral, que relata las diferentes vivencias, sentimientos, actividades económicas, rituales y relaciones sociales que la comunidad teje con mucho esfuerzo. De este modo, buscan sostener su tradición en medio de un mundo globalizante que invade a la población juvenil con nuevas formas de sonoridad, más comerciales y ac-

14. Antropólogo. Correo: antropologoedw@gmail.com.

cesibles. En efecto, estos jóvenes indígenas, en su mayoría, son hablantes del español y ya se encuentran familiarizados con todas las plataformas tecnológicas que difunden el sonido de otros géneros musicales no tan constructivos y que han ido marginando tradiciones que se han enseñado y aprendido de generación en generación.

El mismo hecho de investigar sobre la música tradicional en la etnia wayuu constituye un acto de resistencia que contribuye a visibilizar la importancia de conservar una tradición oral que ha sido poco investigada por la academia, salvo algunos trabajos rigurosos como el de Vílchez (2003) referente al taliraai o el de Verbel (2022), que habla sobre los instrumentos de viento wayuu. Seguir explorando este universo sonoro es, en definitiva, un camino que puede despertar el interés entre los jóvenes indígenas por el arte de cantar jayeechi, adquirir la destreza para tocar la kasha o desarrollar la habilidad de interpretar instrumentos de viento que se sienten desde el sonido y no desde los dedos y la posición de la boca.

La invitación, por lo tanto, es a que los espacios académicos se abran a investigar sobre aquella etnomusicología que se encuentra viva en el calor del desierto. Según Verbel (2022), esta tradición fue contemplada en el proyecto presentado ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) con miras a aprobar el sistema normativo wayuu como patrimonio inmaterial de la humanidad mediante la resolución N.o 2733 del 2009. De igual forma, la misma organización reconoció en una lista representativa de 2010 las manifestaciones orales de este grupo étnico, como la música y otras expresiones artísticas. En este orden de ideas, la música autóctona wayuu representa un bien inmaterial que debe ser protegido y conservado no solo por la academia y la institucionalidad, sino por toda la humanidad, para que este conocimiento sea transmitido hacia las nuevas generaciones.

Por lo anterior, el siguiente artículo tiene tres objetivos. El primero es visibilizar los diferentes significados que se manifiestan al expresar los sentimientos a través de la música tradicional wayuu, en equilibrio con los ritmos producidos por los instrumentos autóctonos y la danza de la yonna. En segundo lugar, se tiene previsto describir e interpretar un segundo velorio desarrollado en 2024 en la comunidad indígena de Nortechon, donde se conjugaron el canto de jayeechi y la música occidental.

Como tercer y último objetivo, se reflexionará en torno a la importancia del instrumento de la kasha para los habitantes de Nortechon. También se analizará el rol de la música autóctona en el fortalecimiento de las manifestaciones culturales wayuu, que reflejan los sentimientos y la simbología propias del territorio de este pueblo indígena, dando cuenta así de las dinámicas identitarias, las historias de vida y las formas de comunicación entre los nativos de esta comunidad.

La comunidad indígena de Nortechon está ubicada en el kilómetro 75 y se encuentra dividida por la línea férrea del Cerrejón, ubicada en la mitad. Este territorio hace parte de la jurisdicción del municipio de Uribia, La Guajira (la capital indígena de Colombia), y entre las actividades de subsistencia desarrolladas en la región se incluyen el pastoreo, la agricultura y el comercio. Esta población cuenta con una institución técnica que brinda educación a estudiantes indígenas y alijunas (no indígenas) desde prejardín hasta el grado 11. ° de bachillerato. Actualmente, dicha entidad ofrece una formación con enfoque agropecuario y artesanal, lo cual significa que los estudiantes pueden graduarse de ella como técnicos en agricultura o en artesanía. Este espacio educativo organiza actividades de campo y culturales, como la Semana Cultural, que se celebra anualmente para conservar las tradiciones wayuu y fortalecer las prácticas orales que se han venido debilitando, como es el caso de la música.

Por último, se debe resaltar que, en tiempos anteriores, la comunidad wayuu de Nortechon no estaba dividida territorialmente. Sin embargo, el proyecto férreo del Cerrejón provocó cambios sustanciales en las dinámicas sociales y

económicas de esta población indígena. Incluso, con el pasar del tiempo estas transformaciones se han agudizado y han afectado de alguna manera las prácticas tradicionales y las relaciones de este grupo étnico.

El arte de expresar los sentimientos

Para el wayuu, la música hace parte de todo ese universo simbólico y material que se vislumbra en las prácticas tradicionales de subsistencia y espirituales de la comunidad, así como en las relaciones de parentesco. Estas actividades y vínculos se desarrollan de manera mecánica, pero adquieren un sentido y un significado al venir acompañados de melodías y cantos que tratan de explicar de manera placentera la importancia de cumplir con las tradiciones culturales propias.

> El amor por una mujer puede hacer aflorar las mejores composiciones y melodías que se desprenden de su belleza física y espiritual.

Para el cantor de jayeechi, instrumentista y compositor Alfredo Uriana, el significado de la música se resume como «el medio que le ha permitido conquistar a una mujer» (comunicación personal, 2025). Con la edad de 75 años, este hombre nació y vivió toda su vida en la comunidad de Nortechon, y cuenta con una experiencia de quince años tocando el instrumento massi sawawa y cantando jayeechi. Por ende, este intérprete tiene la autoridad para llegar a la conclusión de que el amor por una mujer puede hacer aflorar las mejores composiciones y melodías que se desprenden de su belleza física y espiritual.

El amor, de hecho, es un sentimiento que aparece en las etapas avanzadas del cortejo y que los wayuu no pudieron experimentar por mucho tiempo. Según afirma Uriana:

> En la antigüedad no se enamoraba a una mujer, porque solo bastaba con pagar la dote para poder entrar a la familia y que ella se convirtiera en tu esposa. Es por eso que el wayuu inventó la música para poder enamorar a una mujer y conquistarla tocando el instrumento y cantándole un jayeechi (A. Uriana, comunicación personal, 2025).

Al ser desconocida la etapa del cortejo para conquistar a una mujer, el hombre wayuu no tenía unas reglas claras de acercamiento con el fin de despertar interés a través de la seducción. Por esta razón, encontró en la música una estrategia para iniciar esa etapa de caballerosidad, empleando la palabra acompañada de versos y melodías que describían la belleza de la mujer utilizando analogías con la naturaleza. Así, cuando el pretendiente terminaba de interpretar un instrumento, le explicaba con claridad a la mujer lo que aquella melodía significaba.

Las diferentes melodías y cantos se consideran los medios más puros de expresión que un hombre tiene para confesarle sus sentimientos a una mujer wayuu. En la antigüedad, los alijunas (no indígenas) expresaban emociones por medio de cartas escritas, mientras que los indígenas lo hacían a través de la oralidad. Sin embargo, con la influencia de la sociedad occidental, estos últimos fueron adoptando prácticas de galantería introducidas por las redes sociales, las novelas, la música y las fechas comerciales, que fueron moldeando el imaginario de este grupo étnico sobre el amor y las relaciones de pareja. Al respecto Vílchez (2003) sostiene:

> Este grupo étnico ha desarrollado rituales que han definido las formas de asociación entre las parejas para la conformación de las familias. Al término del ritual tradicional denominado «encierro», la majayura (joven virgen wayuu) ya es mujer y está preparada para el matrimonio. Dentro de estas formas

> tradicionales parece no haber existido el cortejo y el enamoramiento a la usanza occidental, privando en la asignación de marido el principio de la decisión de la familia. No obstante, los varones wayuu, diestros en la ejecución musical, suelen hacer uso de sus instrumentos y saberes musicales para el cortejo (p. 5).

Con la cita anterior se puede evidenciar cómo la música tradicional está presente en todos los acontecimientos más importantes de la cultura wayuu: al salir de su encierro prolongado, lo primero que escucha la majayut es el sonido de la kasha para hacer el baile de la yonna y celebrar su transición a la adultez y su nueva posición en la sociedad. Asimismo, la práctica del cortejo empieza cuando la señorita es acompañada a dicha danza, en el transcurrir de la interpretación de los instrumentos para el enamoramiento. En ese mismo momento del cortejo, cuando la mujer no entiende lo que quiere decir la melodía que le fue dedicada, el pretendiente debe explicar su significado.

Ahora bien, esta práctica de explicar la melodía se remonta a tiempos anteriores, cuando la música tradicional era interpretada exclusivamente por los hombres debido a la división social dentro de la cultura wayuu. El papel de la mujer, por su parte, se concentraba en aprender a tejer, la crianza de los hijos, la preparación de los alimentos, el desarrollo de algunos rituales, la conservación de la línea matrilineal y la pacificación dentro de la cultura. Sin embargo, en la actualidad, y por la influencia del mundo occidental, la mujer ha tenido la oportunidad de estudiar y lograr más autonomía, lo que ha llevado a que algunas se interesen por la música autóctona e incluso aprendan a cantar y tocar instrumentos.

De todos modos, Alfredo Uriana enfatiza que la importancia de la música tradicional radica en esa forma de expresar los sentimientos por una mujer, y por esa razón los wayuu creen que ese arte debe ser exclusivo para los hombres; de lo contrario, según la comunidad, se perdería la esencia y la inspiración para componer las melodías más prodigiosas. No obstante, entre los wayuu jóvenes la percepción es diferente gracias a que forman parte de una generación que ha estado en contacto con nuevas narrativas audiovisuales y, además, han podido estudiar con estudiantes alijunas que les han hecho pensar diferente.

Testimonios como el del joven de 14 años Cristian Uriana muestran cómo la juventud reconoce la necesidad de conocer los orígenes de la música tradicional y su finalidad en el ámbito del cortejo para el enamoramiento de las mujeres. En sus propias palabras, este integrante de la comunidad afirma:

> Si todos los jóvenes comprendieran que la música tradicional enamora a las mujeres wayuu, todos se animarían a aprender a cantar jayeechi y tocar un instrumento. Ya no se utilizaría la música de afuera para dedicar a las mujeres. Por el sonido de la melodía, se puede enamorar a una mujer, porque, si ella presta atención, ella va a escuchar algo más divino y más claro (C. Uriana, comunicación personal, 2025).

Cristian uriana es consciente de que la música de afuera se ha incorporado como una nueva herramienta que les sirve a los hombres enamorados para el cortejo por medio de dedicatorias a las mujeres, pero a su vez hace la anotación de que aprender a tocar un instrumento permite lograr un sonido diferente y más hermoso para los oídos de una joven. Así, en las tradiciones autóctonas wayuu se identifica una oportunidad de salirse de los esquemas comerciales que reproduce la cultura occidental, los cuales se traducen en coros y ritmos repetitivos que no combinan las melodías con el quehacer del pastoreo, el sonido de la naturaleza y la belleza natural que proviene de ella.

En la cultura wayuu, muchas veces la melodía dice más que las propias palabras, sobre todo cuando se trata de una entonación sentida que le llega a la persona en lo más profundo de su corazón. Por lo tanto, es fundamental que los mayores se esfuercen en crear conciencia sobre este arte entre los jóvenes de manera que no pierdan el interés



Foto 1. El músico Alfredo Uriana
Fuente: Edwin Causado.

en aprender la música tradicional. Se trata, en definitiva, de que las nuevas generaciones impidan que esas expresiones orales se queden en el olvido y sean reemplazadas por otras formas de entretenimiento.

De igual forma, es preciso apoyar este trabajo de concientización a través de los colegios que ofrecen una educación intercultural. Para ese fin, podría ser útil incluir dentro del currículo una cátedra para enseñar música tradicional wayuu y la elaboración de instrumentos autóctonos con materiales del contexto que crecen dentro de la naturaleza. Esta clase de esfuerzos se observan en la institución de Nortechon, donde estudia el joven Cristian. En dicho espacio se realiza anualmente una semana cultural que tiene como objetivo conservar, fortalecer y reivindicar aquellas prácticas culturales que han estado deterioradas por la influencia del conocimiento externo, la poca conciencia histórica y el escaso interés de los jóvenes en aprender.

Afortunadamente, Cristian es sobrino del señor Alfredo Uriana, quien ha sido un mentor en la educación artística del joven que hoy en día canta jayeechi y toca el instrumento massi sawawa. Verbel (2022) define este aerófono como

> un instrumento musical de viento, o clasificado como aerófono según el sistema de clasificación de instrumentos musicales Sachs-Hornsbostel. En su diseño, se destacan la lengüeta y los orificios, todos ubicados en una única pieza de madera. La lengüeta simple puede presentar el corte en el cuerpo del instrumento de manera lineal o invertida, según la necesidad del constructor (p. 38).



Foto 2. ***Joven wayuu interpretando una flauta tradicional. La juventud wayuu mantiene viva la música ancestral a través de instrumentos de viento elaborados en madera o caña, fundamentales en las ceremonias y fiestas comunitarias.***
Fuente: Edwin Causado.

Esta pieza musical es muy pequeña y se puede guardar en cualquier parte. Su aspecto es similar al de una flauta, aunque es más delgada y tiene menos orificios para interpretar los sonidos. El sawawa puede ser obsequiado por algún pariente cercano o incluso la persona que está enseñando al aprendiz. Se puede tocar cuando se están realizando las labores de construcción de enramadas, la siembra de alimentos, el ordeño del chivo o de la vaca e incluso para amenizar alguna reunión social entre familiares y amigos.

Los músicos que interpretan el sawawa, por lo general, son personas mayores que sienten amor por el instrumento y la necesidad de dejarles el legado a sus nietos, sobrinos e hijos. Por consiguiente, el oficio del músico se va transfiriendo de generación en generación y, según Vílchez (2013), se va transmitiendo por línea materna, tal como lo muestra en su estudio:

> Nectario Fernández Jayariyú dice haber aprendido de su padre, «Torito» Fernández Uriana, quien a su vez aprendió de un tío materno llamado «Kururu» Uriana. Este último, a su vez, parece haber aprendido la práctica del taliraai con un tío materno, también llamado «Chano» Uriana. A Nectario le sucede en el aprendizaje del instrumento su nieto David Julio, de la progenie de su hija Susana (p. 12).

Sin embargo, actualmente estas dinámicas de parentesco y transmisión de conocimientos han cambiado debido a las relaciones sentimentales entre los wayuu y los alijunas y el poco interés que los jóvenes tienen de aprender de los mayores. En el caso de Cristian, por ejemplo, su padre es alijuna, y el señor Alfredo es un tío lejano, pero no materno, que decidió enseñarle porque el joven mostró disposición de conocer el instrumento.

Música, sueños, homenajes y ritos funerarios

El día 16 de junio del 2024 se realizó en Nortechon el segundo velorio para extraer los restos de los difuntos Manuel de Jesús Uriana y Marco Tulio Montiel Uriana, pertenecientes a la familia Montiel Uriana, nativa de esta comunidad. Esta ceremonia en particular causó mucha polémica entre otras familias indígenas, algunas voces de la academia y toda la opinión pública debido a la inclusión de un concierto de música vallenata en un ritual sagrado. Los críticos del homenaje aseguraban que este tipo de prácticas profanas sentarían un precedente en La Guajira que desencadenaría la reproducción de estos mismos actos por otras familias indígenas con un poder adquisitivo similar.

En el segundo velorio de la nación wayuu, los huesos son extraídos en horas de la madrugada, antes de que el viento sople. Según este pueblo indígena, la separación entre la carne y los huesos es el fin de la muerte como estado material de la persona en este mundo. A medida que los restos se van limpiando, se depositan en un cofre y son llevados a una enramada para iniciar la ceremonia, durante la cual los dolientes lloran a sus seres queridos y se reparte carne de ganado, chivo, ovejo y chirrinchi para los comensales invitados. Luego, en la noche, se presentan los adultos mayores a cantar jayeechi para que las jóvenes que se encargaron de exhumar el cadáver no se duerman. Posteriormente, se obsequian los chivos a los asistentes al funeral hasta proseguir con el entierro en el cementerio materno y la culminación del alma hasta Jepira.

En el marco de este homenaje en particular, se organizó un concierto del cantante Iván Villazón, siguiendo así el deseo de Marco, manifestado a través de un sueño, de ser despedido con alegría y música por dicho intérprete. De tal manera, la familia Montiel Uriana argumenta que la discusión no puede reducir todo el rito funerario a esta actividad, realizada además a las afueras del cementerio y solo para cumplir la última voluntad de un hombre; no como una competición social entre familias indígenas.

En efecto, Paz (2020), citando a Romero, afirma que los sueños en la cultura wayuu deben hacerse realidad. Igualmente, Guerra (2019), en su tesis doctoral, hace referencia al antropólogo Michel Perrin, quien sostiene

que, en este grupo étnico, estas manifestaciones oníricas se imponen como una obligación. Por lo tanto, la familia Montiel Uriana no solo consideró que estaba satisfaciendo el deseo de su difunto hermano, sino que estaban obedeciendo el mandato de Lapü, una entidad que según los wayuu controla y ordena la vida.

Asimismo, Freud (1989) pudo constatar que muchas veces el material que los sueños reproducen proviene de la vida infantil. De este modo se explica el anhelo del joven Marco Montiel de ser despedido por Iván Villazón, pues desde pequeño había sido seguidor de este músico.

Si bien es cierto que el concierto de música vallenata no hace parte de las prácticas culturales contempladas por el pueblo wayuu en la ceremonia del segundo velorio, lo que sí tiene lugar a debate es suponer que la familia Uriana hubiera podido ver los rituales funerarios como una forma de demostrar su poder económico en la sociedad. Asimismo, es preciso anotar que el evento se organizó para homenajear a los fallecidos por su gran aporte a la construcción de la institución de Nortechon que actualmente les brinda educación intercultural a miles de estudiantes wayuu, con el objetivo primordial de fortalecer las prácticas tradicionales aplicando un conocimiento transversal.

De hecho, el concierto en cuestión no es la única práctica occidental que se ha introducido en los velorios. Paz (2018), por ejemplo, evidenció la celebración de misas en los velorios wayuu en casos en que la familia era de la religión católica, una tendencia que día a día ha ido en aumento en la Alta Guajira. En ese sentido, el músico Alfredo Uriana destaca la importancia de cantar el jayeechi siempre en el segundo velorio, no solo porque es una forma de contar historias del fallecido cuando estaba vivo y conocerlo mejor, sino para incentivar a los jóvenes asistentes a mantener la tradición.

En este orden de ideas, resulta evidente cómo la música del jayeechi hace parte de uno de los rituales más sagrados de la cultura wayuu y, a su vez, la forma en que la música occidental se ha impregnado en esta sociedad hasta tal punto que los mismos nativos de la comunidad han incluido sus melodías en medio de las tinajas de los restos de los fallecidos. Está claro que el vallenato no es una música adecuada para acompañar el ritual mortuorio, pero no deja de ser un tema de interés que este género sea producto del mestizaje de la cultura afro, indígena y europea. En esa medida, cabría esperar que, en el futuro, la música autóctona wayuu pueda incluir algunos instrumentos y cambiar la manera en que se canta el jayeechi. Prueba de ello es lo que plantea Valbuena (2005) de que la música en la etnia wayuu.

Cabría esperar que, en el futuro, la música autóctona wayuu pueda incluir algunos instrumentos y cambiar la manera en que se canta el jayeechi.

> también recibió su mestizaje con la llegada de los esclavos a tierra firme del siglo XV al siglo XIV, quienes traían en su bagaje musical tambores cónicos, flautas de millo, marimbas y arco musical; lo cual puede explicar un profundo mestizaje cuyo resultado se vislumbra en los instrumentos tradicionales wayuu tales como «el arco bocal» o tiliray, los pitos y el kasha (pp. 9-10).

Las dinámicas sonoras que se originan como consecuencia del mestizaje serán un proceso continuo de inflexión debido al constante relacionamiento entre grupos étnicos diferentes. Este diálogo cultural fortalece la diversidad de manifestaciones artísticas y culturales que relatan los quehaceres, los rituales y las relaciones de parentesco de los pueblos. Es así como, de manera permanente, estas comunidades deconstruyen y reinventan formas de expresión para comprenderse a través de los sentimientos, el arte y las actividades diarias que identifi-

can, en este caso, el ser hombre y mujer wayuu. Estas adaptaciones son, en últimas, el resultado de un encuentro social y biológico narrado desde los sonidos y los cantos.

Reflexiones sobre la kasha y la música tradicional wayuu

La kasha es el instrumento más conocido en la cultura wayuu porque con él se ejecuta la danza más importante, conocida como la yonna. Este baile simboliza los animales que se encuentran en el entorno de este pueblo y reafirma la conexión de este con la naturaleza y sus antepasados. La kasha se toca en ocasiones como la ya descrita, cuando la majayut sale de su encierro para celebrar su transición a la adultez, y también en momentos en que el piache (médico tradicional wayuu) lo pide para alejar a los yoruja (diablos) de los sueños que perturban a una persona. También es un elemento interpretado en eventos conmemorativos o fechas especiales y para recibir visitas de invitados de interés para la comunidad.

Para Alfredo Uriana (2025), la kasha es el instrumento más importante de la comunidad wayuu porque es el que lleva el sonido para retirar todos los malos pesares. Asimismo, en la institución etnoeducativa de Nortechon se utiliza para inaugurar la Semana Cultural, acompañando el baile de la yonna, ejecutado por los representantes a majayut (señorita) y jimai (joven). El instrumento se interpreta con dos baquetas para emitir ritmos repetitivos en la madrugada, cuando es más sencillo conectar con los espíritus de los antepasados.

> La kasha está hecha de
>
> 2 membranas percutido con baquetas. Es una caja en forma cilíndrica; en ambos lados orificios; dichos orificios van cubiertos de cuero de chivo. Se fabrica de un árbol llamado polo (guayacán). Se labra con una herramienta de hierro hasta que la corteza quede ni muy fina ni muy gruesa. Por el borde lleva un bejuco llamado waraaralû, lleva ocho pretinas de cuero. El tamborero (atalejûi), se tercia la caja en el hombro lo sujeta de una correa, y lo apoya en el muslo. Función: Ejecutado por un hombre adulto en ocasión de salida de niña del encierro en la Yonna o Chichamaya. Forma: Estructura cilíndrica hueca, con cuero de chivo templado con cuerdas de piel de vaca y golpeado con dos baquetas (Valbuena, 2005, p. 17).

Esta descripción muestra que, en efecto, la kasha se elabora con los materiales y los animales del contexto. Además, se trata de un tambor atractivo por su tamaño y por la forma de interpretarlo. En consecuencia, es muy difícil que este instrumento corra el riesgo de ser olvidado por las futuras generaciones. Una ventaja que se le atribuye a la kasha es que, cuando se empieza a tocar, produce un sonido alto, y su música se origina desde la inspiración y la improvisación, es decir, de la imaginación del hombre, así que su interpretación no está sujeta a reglas escritas o rigurosas.

En la cultura wayuu se aprende a tocar y a cantar mediante la imitación y la observación. Por una parte, se debe tener en cuenta el sonido para poder sentirlo y saber cómo producirlo y, por otra, para el canto jayeechi es preciso detallar con cuidado al mayor que lo ejecuta: cómo se sienta, la posición de la cabeza y la forma en que maneja la respiración para interpretar una composición. En este caso no se exigen una afinación vocal ni ejercicios exhaustivos de técnica vocal; basta con la capacidad de relatar una historia a través de una entonación en un contexto determinado.

En virtud de lo anterior, se puede concluir que la música tradicional wayuu es un bien inmaterial que debe preservarse porque hace parte de ese conjunto de valores que identifican a estos indígenas como seres humanos en armonía con la naturaleza y la cultura. Ahora bien, es fundamental tener en cuenta que esta conservación es un trabajo de todos y no solo de la academia.

Involucrar a la sociedad como conjunto en la preservación de este legado cultural es

clave pues todos somos sujetos activos que reproducimos y transformamos manifestaciones artísticas que han perdurado y se han reconfigurado a lo largo del tiempo a través del mestizaje. Sin embargo, es necesario que esta mezcla cultural, que siempre está en constante evolución, siga consolidando de manera armónica lo autóctono y lo externo, sobre todo en un mundo como el actual, en el que los impactos de la globalización tienden a ser negativos.

> La música tradicional wayuu es un bien inmaterial que debe preservarse porque hace parte de ese conjunto de valores que identifican a estos indígenas como seres humanos en armonía con la naturaleza y la cultura.

Sin unas herramientas de adaptación sólidas que se integren a las manifestaciones occidentales, es probable que muchas comunidades se enfrenten a la pérdida de valores profundos. Por ende, es fundamental adoptar una perspectiva que tenga como punto de partida y seguimiento los saberes musicales y ancestrales, los cuales privilegian la expresión de los sentimientos, la cultura y las formas de vida.

Aunque suene utópico, el amor es ese antídoto capaz de fortalecer y reivindicar la música tradicional wayuu, especialmente en un contexto en el que los jóvenes se relacionan y piensan según las influencias de la cultura occidental. En este sentido, es más pertinente que nunca contar con un marco de referencia capaz de generar arte y amor a través del jayeechi, la kasha y el massi sawawa. Devolverse a los orígenes es un acto revolucionario que reconoce el amor en lo simple, en un sonido divino, en una frase tierna o en un baile que moviliza el encuentro de varios cuerpos que no requieren de la palabra para comunicarse y enamorarse.

Actualmente, es claro que los jóvenes wayuu están atravesando un proceso de aculturación que los está conduciendo a un desarraigo cultural. Por lo tanto, es menester que los mayores de la comunidad insistan en ese proceso de concientización y rescate de las prácticas que los identifican como indígenas; entre ellas, la música. De igual manera, la escuela debe ser un actor activo en este esfuerzo, siempre enfocando la cultura tradicional como punto de partida para generar conocimiento y arte. También es preciso reestablecer los lazos comunitarios dentro de este grupo étnico para que el wayuu de Nortechon se piense como uno solo desde lo colectivo y desde lo plural.

Por último, es importante recordar que las necesidades económicas y sociales generadas por la influencia de actividades extractivas como la del Cerrejón y la cercanía de la comunidad wayuu con la institucionalidad y la zona urbana han relegado la práctica de la música tradicional, cuyo rescate recae, actualmente, en los mayores. Este es un fenómeno característico de las sociedades desarrolladas, donde los requerimientos materiales han sobrepasado las manifestaciones culturales y artísticas. Sin embargo, la ventaja en Nortechon es que el amor por sus ritmos autóctonos se ha impuesto al sincretismo religioso y a las dinámicas de desarrollo, que ven en las expresiones ancestrales una amenaza a lo comercial y artísticamente aceptado.



Foto 3. ***Músico wayuu con tambor ceremonial. El tambor, de gran importancia en los rituales, acompaña cantos y danzas que refuerzan la identidad colectiva de la comunidad.***

Fuente: Edwin Causado.



